

Antropología urbana y lugar. Recorridos conceptuales

Miguel Ángel Aguilar Díaz*

INTRODUCCIÓN: LO URBANO Y LA ANTROPOLOGÍA URBANA

El objetivo de este texto es presentar elementos que permitan un acercamiento desde la antropología urbana al concepto de lugar, desarrollado por la geografía humana. Existe una tendencia a sostener que la antropología urbana carece de una sistematización conceptual sólida respecto a la noción de espacio, la cual es vital para la disciplina; en las páginas que siguen se buscará ilustrar de qué manera el concepto de lugar podría subsanar de algún modo ese déficit de discusión conceptual sobre la espacialidad.

Un primer gran tema para iniciar la discusión es el de la ciudad y lo urbano. Ambos términos se plantean de manera separada, ya que no son necesariamente sinónimos. La ciudad que emerge desde las tradiciones de investigación en la antropología urbana posee varios rasgos distintivos: se opone a otro espacio (el campo); es heterogénea, densa e impersonal (Wirth, 1964; Simmel, 1979); posee una diferenciación social interna expresada en pautas de ocupación del espacio y de relaciones sociales (Burgess; véase Hannerz, 1986); es también una estructura que permite desplazamientos y usos múltiples. Lo urbano, en un sentido paralelo, sería aquello que se produce en términos sociales en las ciudades y que emerge de manera no necesariamente instrumental o prevista. Tal sería el caso del anonimato, el deseo de comunidad, y formas de interacción e interrelación entre habitantes, usuarios

* Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Departamento de Sociología.

y ciudadanos, lo mismo que formas de organizar y normar el espacio común. Tal vez en esta dirección se pueda leer la afirmación ya clásica de Park que propone a la ciudad como un estado de ánimo (*a state of mind*), o bien a Wirth, que postulaba el urbanismo como modo de vida.

En una discusión sobre el mismo tópico, Delgado (1999) hace una distinción tajante entre la ciudad y lo urbano al definir a la primera como "una composición espacial definida por la alta densidad poblacional y el asentamiento de un amplio conjunto de construcciones estables, una colonia humana densa y heterogénea conformada esencialmente por extraños entre sí" (Delgado, 1999:23), y a lo segundo, en términos mucho más dúctiles, en donde el principio básico es reconocer "lo que define a la urbanidad como forma de vida: disoluciones y simultaneidades, negaciones minimalistas y frías, vínculos débiles y precarios conectados entre sí hasta el infinito [...]" (Delgado, 1999:26). Se busca, en suma, aquello que no está de manera fija en la sola materialidad de la ciudad, a la manera de edificaciones y áreas, sino lo que se crea desde el contacto humano en ese entorno, y de manera privilegiada en el espacio público. Aquí cabrían situaciones sociales varias, encuentros entre extraños, es decir, todo aquello que es intersticial y mutable en un contexto espacial.

Si bien la argumentación es interesante, tal vez implica poner lo urbano en un contexto demasiado restringido, el de lo azaroso, interpersonal e impersonal, cuando quizá lo que está en juego son los sentidos de las relaciones interpersonales coordinadas y cristalizadas en prácticas vinculadas, central o tangencialmente, al espacio, tal y como lo postularían Goffman (1966) y Joseph (1999). De cualquier forma, lo que esta discusión pretende mostrar es la amplia gama de posibilidades de comprensión sobre la ciudad y lo urbano, en donde existe un campo amplio entre cierta fijeza de actores y espacios instituidos y la movilidad de sentidos y situaciones intersticiales.

Igualmente interesante resulta abordar la discusión sobre cuál podría ser entonces el campo específico de la antropología urbana. Un planteamiento señalaría que

Lo que confiere una identidad particular a la antropología urbana no es la existencia de un método y un objeto exclusivos, sino su carácter

de tradición académico intelectual sobre la vida en las ciudades [...] La noción de tradición sugiere la progresiva constitución de un determinado escenario de investigación y acción, expresado mediante una serie de unidades de investigación, problemas convergentes, autores y obras clásicas, monografías de referencia [...] (Feixa, 1993:16).

Apelar a la tradición significaría entonces partir de una manera particular de pensar a la ciudad y la vida urbana en la que importan los sujetos, su experiencia, la noción de diferencia, la existencia de un conjunto de prácticas que anteceden a los sujetos y que éstos en su vida diaria transforman y llenan de nuevos sentidos.

En la misma línea se interroga Josepa Cucó (2004) sobre aquello que puede distinguir la aproximación de la antropología urbana de otras ciencias sociales que también se ocupan de la ciudad. Plantea que a tal pregunta se han dado respuestas que aluden a la importancia de la etnografía como forma de producir información sensible sobre el mundo urbano; la reafirmación del interés por un enfoque de tipo holístico en el que las dimensiones relevantes del mundo social se articulan entre sí, y, por último, recuperar de manera positiva una perspectiva antropológica de corte *emic* para la cual es fundamental la recuperación del punto de vista del actor de la situación. Si bien estos puntos son claros y justamente hacen referencia a las tradiciones antropológicas de pensamiento sobre lo urbano, también cabe hacer notar que no son patrimonio exclusivo de la disciplina. En términos generales se puede decir que cada vez más se encuentran propuestas de reflexión e investigación empírica sobre la ciudad en donde hay la preocupación por sujetos y contextos que puedan ser delineados con precisión y desde una idea de entender su perspectiva sobre la situación y el espacio en que transcurre su vida. Tal vez, entonces, lo que definiría una perspectiva de corte antropológico es la conjunción de los tres puntos enunciados, más que la preeminencia de uno de ellos.

Otro tema ampliamente evocado atañe a la necesidad de precisar si se lleva a cabo antropología *en* la ciudad o antropología *de* la ciudad. Lo primero remitiría a plantear acercamientos de investigación de un modo casi inercial, siguiendo las tradiciones teóricas y

metodológicas de la disciplina. Importa entonces el tema en particular más que la red de relaciones en las cuales se encuentra inmerso. Lo segundo implicaría reconocer en la misma formulación del objeto de investigación su capacidad para indagar sobre dimensiones significativas de la vida urbana. De cualquier manera, esta segunda vía requiere preguntarse sobre la naturaleza social de la ciudad o de los tipos de ciudades contemporáneas. Probablemente así sería posible escapar de intenciones totalizantes difícilmente realizables en sociedades complejas, aunque a su vez plantea el problema de la plausible fragmentación de las modalidades de conocimiento de la ciudad. Con todo, al elegir una estrategia así sería posible establecer parámetros para analizar la antropología *de aquel tipo* de ciudad bajo análisis, o *de qué* manera se practica lo urbano. Un ejemplo de lo anterior es, por citar un caso, los trabajos que se ocupan de la periferia o de la rururbanización, en donde después de acotarlos como una manera de abordar procesos de crecimiento urbano se preguntan por el tipo de vida social que se forma en estos contextos a partir de contextos sociales precisos.

Junto con la preocupación sobre el *en* o el *de* la antropología en la ciudad es pertinente precisar qué se nombra cuando se habla de cultura urbana. Este término, consolidado por el uso, tal vez esté ya demasiado cargado de herencias en donde la cultura es vista como un todo coherente, sustentada en "el mito del otro homogéneo", como también ha sido llamado (véase Herzfeld, 1997). En el afán de asir una visión integrada desde temáticas acotadas (parentesco, marginalidad, pobreza), la teorización se realiza sobre el fenómeno mismo, más que sobre estructuras o procesos de mayor alcance. Igualmente no habría que olvidar que la antropología urbana sigue siendo antropología y esto implica tener en mente a la diversidad como uno de los temas clave en la formación de la disciplina, e incluso como una forma de generar una nítida imagen pública a nivel social (Hannerz, 2010). Así, si la ciudad y el espacio han sido tópicos insuficientemente teorizados, como apuntan algunos autores (Low, 1996; Gupta y Ferguson, 1997), entonces hablar de cultura urbana remite más bien a un ánimo por situar un conocimiento sobre procesos culturales en y de la ciudad, y no tanto por hacer explícita una teoría sobre la cultura, la

ciudad y el espacio, o acerca de cómo abordar abiertamente estos procesos a partir de estrategias metodológicas particulares. Con todo, Mónica Lacarrieu, al interrogarse igualmente sobre el campo específico de la cultura urbana, traduce la pregunta en términos de "cómo pensar lo urbano en términos de 'objeto etnologizable' sin contribuir al fortalecimiento de preconceptos fuertemente establecidos" (Lacarrieu, 2007:15). Reflexionar sobre las respuestas posibles supone para la autora reconocer el papel que han jugado determinismos de corte territorial y cultural en la elaboración de una aproximación conceptual a la ciudad más allá de la escala del objeto por abordar (barrios, localidades relativamente cerradas y autónomas).

Para Gupta y Ferguson la ausencia de preocupaciones teóricas consistentes sobre el espacio puede analizarse a partir de que esta categoría es en muchos casos pensada como "dada" o preexistente. Ése sería el caso de cierto pensamiento sobre, por ejemplo, el Estado-nación, en donde su distintividad está en la ocupación de espacios "naturalmente" discontinuos. En estas situaciones el espacio se vuelve una malla neutral en la cual se inscriben la diferencia cultural, la memoria histórica y la organización social. Con todo, el tema más amplio es que todas las asociaciones de lugar, gente y cultura son creaciones sociales e históricas que deben ser explicadas. Esto implica que las asociaciones entre lugar y cultura deben ser tomadas como problema de investigación antropológica más que como punto de partida, con la conciencia de que las territorializaciones culturales son el resultado de complejos procesos culturales en curso.

El isomorfismo entre espacio, cultura y lugar que se ha practicado hace emerger algunos problemas significativos:

- Fronteras. ¿Cómo caracterizar las pautas culturales de aquellos que viven en ellas o entre ellas? Más aún, ¿cómo dentro de un ámbito pensado como relativamente homogéneo se crean y mantienen distinciones socioespaciales?
- ¿Cómo caracterizar las diferencias culturales dentro de una localidad? ¿quiénes son sus actores y sus formas de expresión?
- ¿Cómo entender el cambio social y las transformaciones culturales situadas dentro de espacios interconectados?

Más allá de estos temas relevantes sobre la intersticialidad también habría que volver sobre los procesos y prácticas que construyen un lugar, siguiendo la idea del lugar como algo elaborado socialmente y no como dado. Así, lo que podría ser pensado como una experiencia inmediata de la comunidad (encuentros cara a cara, afectividad que fluye de manera automática) está en realidad constituida por un conjunto más amplio de relaciones sociales y espaciales.

Un elemento intrínseco a la argumentación que se ha expuesto es que no es posible ya adscribir la cultura, ni en términos de modelos analíticos ni de realidades contemporáneas, de manera automática a un espacio o lugar. De aquí entonces que las reflexiones sobre lo urbano y el espacio tengan que estar atravesadas por consideraciones sobre maneras contemporáneas de producción y difusión cultural.

Ulf Hannerz (1998) reconoce que lo distintivo en las formas de organización cultural contemporáneas es tanto la movilidad de personas como la movilidad de significados y de formas significativas a través de los medios de comunicación. Esta movilidad rompe los límites del Estado-nación, haciendo que el territorio no sea ya el recipiente de culturas autocontenidas, sino de la complejidad cultural. En este escenario, un tema relevante es preguntarse por la transformación de mundos simbólicos, o acerca de ¿menos cultura o más? La disputa entre continuidad y cambio no es sólo entre el mercado (nuevos objetos, productos, signos) y el Estado (preservar y normar), sino también implica mirar cómo se construyen y reinterpretan los significados en ámbitos acotados.

La relación entre permanencia y cambio es una de las formas de entender la dinámica cultural entre lo local y lo global. En este contexto lo local sería visto como la fuente de la permanencia de hábitos, costumbres, tradiciones, formas de valorar y nombrar el mundo en común. A partir de contactos cara a cara y relaciones de larga duración en un contexto sensible se establece una definición de lo "real", que contrasta con la experiencia de lo visto o leído, que posee otro carácter de realidad, aunque en ciertos momentos puede ser más comprensible, dada la tendencia a la simplificación de las informaciones mediáticas. Lo local, por otra parte, es también el terreno en el que se desarrolla la vida cotidiana; de ahí adquiere una consistencia ba-

sada en el tiempo común, en la memoria compartida. Con todo, hay que reconocer que lo local no tiene existencia autónoma, su significado es tal vez el de escenario en donde confluyen influencias de todo tipo. Siguiendo con Hannerz, habría entonces que percatarse de que no todos los componentes típicos de lo local son intrínsecamente locales o asociados con un territorio particular.

Una perspectiva que comparte puntos de coincidencia con la anterior es la planteada por Arjun Appadurai (1997) en relación con la producción de la localidad. Una vez más se parte de la premisa de que lo local o la localidad no es algo ya constituido a partir de lo cual se puedan comenzar a plantear indagaciones antropológicas, sino que ése es un tema de trabajo en sí mismo. Más aún, mucho de lo abordado por la antropología en relación con prácticas en y sobre el espacio (orientación de la vivienda, traza de caminos, nominación de lugares) pueden ser vistas como prácticas para la producción de la localidad. En la medida en que ésta es vivida como algo frágil, está sujeta a ritos y prácticas incesantes que preservan su materialidad. Del mismo modo, la localidad también produce sujetos locales capaces de reproducirla, profundamente implicados en lo que Clifford Geertz llamó conocimiento local. Así, la localidad puede ser definida como "una propiedad fenomenológica de la vida social, una estructura de sentimiento que es producida por formas particulares de actividad intencional y que produce tipos particulares de efectos materiales" (Geertz, 1992:182).

El repertorio temático de la antropología urbana es amplio y probablemente se pueda reclamar cada vez menos como patrimonio exclusivo de la disciplina. La amplitud y complejidad del objeto de estudio reclama con intensidad un trabajo de corte transdisciplinar en el que se iluminen diferentes tópicos de la vida en las ciudades. La antropología puede brindar de manera crítica un acercamiento a sujetos y procesos sociales en una escala microscópica, haciendo uso de las grandes tradiciones de investigación que enfatizan el dato etnográfico construido en situaciones de copresencia con los sujetos y poblaciones con que se estudia. A pesar de todo habría que cuidar no practicar

[...] un trabajo etnográfico aislado sobre la fragmentación de la ciudad y de sus discursos [ya que] suele caer en dos trampas: reproducir en descripciones monográficas la fragmentación urbana sin explicarla, o simula que se la sutura optando por la "explicación" de los informantes más débiles (García Canclini, 1997).

La dimensión cultural, por otro lado, sigue siendo un punto de referencia fuerte para analizar la ciudad, sin embargo habría que ponerlo en interrelación con procesos tecnológicos, económicos, laborales y comunicacionales de mayor alcance, ya que es en la lectura transversal de estos temas en donde se encuentran las grandes tendencias de transformación social.

ACERCAMIENTOS AL CONCEPTO DE LUGAR

En el presente apartado se buscará aportar más elementos a la discusión sobre lo urbano al incorporar la dimensión espacial. Esto es, se retomará la discusión sobre la noción de lugar con el fin de explorar su capacidad de plantear y responder preguntas de investigación de corte antropológico. Esta discusión es también relevante en la medida en que, como ya se ha señalado, hay un cuestionamiento persistente a la antropología urbana a partir de su escaso aporte teórico a los temas de espacio y lugar, con lo que para algunos autores (Cucó, 2004; Low, 1996) la disciplina tiene un sesgo descriptivo más que analítico. A partir de esto se puede argumentar que para ubicar el concepto de lugar en el seno de la discusión antropológica hay que reconocer, por un lado, que el concepto permite localizar fenómenos que para la disciplina son pertinentes en una escala que si bien es dúctil (no hay un lugar absoluto, sino la posibilidad de trabajar en diferentes situaciones), permite una gran movilidad analítica, y por otra parte, el concepto recupera el ideal fundador de la antropología de hablar de sujetos y entornos particulares definidos desde su óptica y experiencia.

Cabe apuntar de entrada que el concepto de espacio se encuentra unido al de lugar y viceversa, es necesario plantear ambos en la medida en que se acotan y precisan mutuamente. En el ámbito de la geo-

grafía humana se puede partir del acercamiento de Yi-Fu Tuan, quien apunta: "experiencialmente el significado de espacio comúnmente se confunde con el de lugar. Espacio es más abstracto que 'lugar'. Lo que comienza como un espacio indiferenciado se vuelve lugar en la medida en que lo conocemos mejor y le asignamos un valor" (Tuan, 1977:6). En el mismo orden de ideas, el lugar acota el espacio, le proporciona límites y lo dota de una materialidad particular. Apunta igualmente Tuan que el lugar es un tipo de objeto. "Lugares y objetos definen el espacio, dándole una personalidad geométrica" (Tuan, 1977: 17). En términos de desarrollo individual, de acuerdo con el mismo autor, el lugar es para el niño menor de dos años un tipo de objeto grande e inmóvil que es menos significativo que los objetos pequeños con los cuales puede relacionarse con mayor facilidad. Conforme crece y adquiere mayor habilidad con el lenguaje, el lugar es también algo que se puede nombrar, con lo cual establece una relación diferente con éste por la mediación del lenguaje.

La idea del lugar cambia para el niño con su crecimiento, se vuelve más precisa y geográfica. Las locaciones ganan en precisión. La ubicación de espacios particulares —y esto es importante señalarlo—, no sólo pone en juego elementos de corte cognitivo, es decir, vinculados con la información sensorial y su organización, también posee un componente afectivo que entra en juego en el momento de declarar agrado o desagrado por tal o cual espacio particular. Así, para Tuan el afecto puede derivar de la información, de lo que se sabe en referencia a aspectos positivamente valorados. Así, es factible pensar en el lugar no como algo ya dado sino intervenido por la acción humana, en la medida en que la valoración del lugar se vuelve parte integrante del mismo.

La experiencia del espacio también está vinculada con la idea de lo amplio, lo abierto, de aquí que en inglés sea posible la derivación lingüística de *space* hacia *spaciousness*, y en español es posible también hacer el mismo deslizamiento del espacio hacia lo espacioso. De la amplitud se genera la sensación de libertad, la existencia de un área hacia donde se podría ir sin ningún tipo de restricción. La importancia de contar con un espacio amplio en las actividades cotidianas emerge de manera significativa, a manera de contrapeso, cuando

las posibilidades de movilidad personal resultan limitadas, sea por lo saturado del transporte público o por vialidades igualmente restringidas. Así, emergen de entrada dos dimensiones importantes al momento de marcar pautas para entender las nociones de espacio y lugar. La primera de ellas remite al espacio como posibilidad, como libertad o capacidad de desplazarse, y sin embargo no establece pautas sobre cómo moverse en él, carece de marcas que señalen cómo interpretarlo. De aquí que para Tuan, "el espacio limitado y humanizado es el lugar. Comparado con el espacio, el lugar es el centro tranquilo de valores establecidos" (Tuan, 1977:54), y más adelante señala: "El espacio se transforma en lugar al adquirir definición y significado" (Tuan, 1977:136).

Así, los límites del lugar no dependen necesariamente de un aspecto físico o de delimitaciones materiales, sino principalmente de demarcaciones cognitivas expresadas a través del lenguaje. Son los recorridos, el conocimiento que se adquiere a través de ellos, la información a la que se accede y la orientación a partir de los puntos cardinales lo que va haciendo emerger la idea de un lugar. Una persona que llega a un entorno nuevo (barrio, ciudad) y dedica unas horas o días a caminar por él, irá estableciendo puntos significativos, experiencias que se adscriben a ellos, y lo que en un principio era un área amplia y neutra adquiere un orden y valor especiales. Es esto último lo que en la perspectiva de Tuan establece la existencia de un lugar. Éste no es autónomo a la acción de una persona o grupo social, es justamente su acción sobre el espacio lo que posibilita su surgimiento. En este orden de ideas cabe recuperar la idea del francés Gumuchian (citado en Lindón, 2006) en el sentido de que "el lugar es una acumulación de significados".

Este conjunto de precisiones es lo que permite apreciar los diferentes sentidos que pueda tomar la disputa por un lugar o un espacio (véase Wildner, 2005). En el primer caso lo que se buscaría es poseer o recuperar el lugar como un todo, mientras que en relación con el espacio se podría buscar ampliarlo. El lugar entonces se puede ver a la manera de una unidad, donde modificarlo equivaldría a convertirlo en otra cosa, en otro lugar.

Para el geógrafo político John Agnew (citado en Cresswell, 2004), el lugar posee tres aspectos fundamentales para ser pensado como una "locación significativa". El primer aspecto es la *locación*. Implica esto que puede ser ubicado a través de coordenadas; tiene una existencia material que se corresponde a un *dónde*. La segunda característica es la de poseer un aspecto *local*, es decir, el entorno material para las relaciones sociales, la forma en la cual las personas realizan su vida como individuos. Se trata entonces del aspecto concreto del lugar. El tercer y último elemento es el *sentido del lugar*, y se refiere al apego subjetivo que se tiene con él. Señala la manera en que un lugar es capaz de producir reacciones emotivas de las personas a partir de los vínculos que se han establecido entre ellos, persona-lugar.

Estas tres características marcan los aspectos más importantes en torno a la idea de lugar, y es de subrayar una vez más el aspecto particular del lugar frente al carácter abstracto del espacio. El significado personal que se le atribuye al lugar, o que se acumula en él, también revela un aspecto importante para su definición.

Tal vez el planteamiento de un caso que pudiera pensarse como extremo pueda ilustrar lo que se ha expuesto. Se trata de pensar en el mar, más precisamente el mar como lugar. Para aquel que lo mira sin vivir en su cercanía o sin dedicarse a actividades relacionadas con él, se trata de una superficie continua sin mayores puntos de identificación. Es extenso, amplio, y es difícil diferenciar una locación en el mar de otra, todo parece igual. Sin embargo, tal y como se muestra en investigaciones hechas en comunidades costeras (véase el evocador trabajo de Tyrrell, 2006), el mar, a pesar de su naturaleza cambiante y fluida, tiene localizaciones que poseen una compleja red de significados —prácticos, sociales, nostálgicos— todos conectados en la relación-individual con el lugar. Así, hay nombres que ubican locaciones en el mar identificables por la profundidad, las corrientes que lo atraviesan, su ubicación respecto a arrecifes o mareas. Estos lugares adquieren significados en relación con el tipo de pesca, si es buena o mala, si son seguros o peligrosos, y así van añadiendo dimensiones significativas que se comparten en conversaciones y anécdotas.

Un concepto que en la geografía humana y cultural suele aparecer en relación con los dos ya mencionados es el de paisaje. El con-

cepto de paisaje (Cresswell, 2004) se refiere, a partir de su historia, que comienza en el Renacimiento, a una porción de la superficie terrestre que puede verse desde un punto determinado y posee un carácter preeminentemente visual. Se apunta que en la mayoría de las definiciones de paisaje, aquel que lo mira está fuera de él, mientras que las definiciones de lugar que hemos abordado enfatizan que para experimentarlo hay que estar dentro de él. Éste es un punto nodal en su definición.

En la perspectiva de la geografía cultural de tradición francesa, se propone que el paisaje no es algo para ser mirado, sino producido, y al afirmar esto se ubica más cerca de una idea de "hacer lugar" o *place making*. De acuerdo con Claval (1995) la producción de un paisaje implica que un grupo social que se ha establecido en un lugar tendría que reconocerse en él, orientarse a partir de él, marcar su territorio, nombrarlo e institucionalizarlo. Este conjunto de operaciones remite al hecho de que el espacio, en el momento en que se actúa sobre él, provee de recursos simbólicos importantes para articular la vida social. Por citar un caso, el reconocimiento social a partir del lugar atañe a la esfera de la identidad, lo mismo que marcar el territorio y nombrar el lugar. Es aquí entonces en donde se genera la imbricación profunda entre lugar y grupo social.

Un aspecto significativo al abordar el tema del lugar es pensar que el lugar no es sólo una cosa en el mundo, sino también una manera de ver el mundo (Cresswell, 2004). Es decir, significa preguntarse por la configuración actual de barrios, ciudades, áreas comerciales en el sentido de cómo han llegado a ser lo que son, de qué manera son interpretados por las personas que acuden o residen en ellos, cuáles son los conflictos abiertos o soterrados que entran en juego en su uso. Mirar el mundo desde la óptica de los lugares implica enfatizar el aspecto del arraigo y la permanencia en la vida social.

Un aporte relevante sobre el vínculo entre lugar, territorio y paisaje desde la perspectiva antropológica es el realizado por Keith Basso (1988) a partir de su trabajo etnográfico con los apaches, en donde señala de manera clara que el lenguaje con el que se hace referencia a los lugares se encuentra fuertemente enraizado en, y es parte, de la cultura local. Más aún, siguiendo a Shalins (1976) el autor plantea que

el lenguaje forma parte de sistemas que poseen una base simbólica, socialmente transmitidos e individualmente aplicados; tales sistemas operan para colocar limitaciones flexibles sobre cómo el ambiente físico puede ser conocido, cómo pueden actuar sus ocupantes y cómo su interacción puede afectar a ambos. Así, el lenguaje que sirve para interactuar con y a partir del espacio es parte de una cultura compartida por los nativos. Un extraño, el etnógrafo por ejemplo, puede mirar el paisaje pero al no participar del lenguaje local estaría experimentando un lugar bien diferente al de los locales. Se trataría de otro paisaje.

Una manera de relacionarse con el paisaje se establece al decir algo sobre él, realizar descripciones y representaciones compartidas en reuniones sociales. En estos encuentros informales emergen usos particulares del paisaje. Keith Basso plantea que las afirmaciones que tienen que ver con el paisaje pueden ser usadas estratégicamente para contener mensajes indexicales sobre la organización de relaciones cara a cara y las bases normativas sobre las cuales estas relaciones se negocian. Dicho de otra manera, hablar sobre el paisaje puede servir para hacer comentarios sobre la vida social local: qué se espera de las personas, qué aspectos de su vida son cuestionables o apreciados. El paisaje y su lenguaje son un código que se comparte y se usa colectivamente.

La pregunta que se hace el autor es cómo identificar los marcos conceptuales y las prácticas verbales con las cuales sus integrantes se apropian de su geografía local. La respuesta de Basso es sumamente original y productiva: se trataría de poner atención a los nombres nativos de los lugares y a toda la variedad de funciones comunicativas que se llevan a cabo a partir de actos de nombrar en diferentes contextos sociales. La sociolingüística ha abordado con abundancia el estudio de toponimios, o las propiedades formales de los nombres de lugares, sin embargo lo que interesa aquí es más bien la pragmática de los nombres, cómo y para qué se usan en contextos sociales naturales.

En un texto posterior, de 1996, "Wisdom Sits in Places. Notes on a Western Apache Landscape", el mismo autor vuelve a reconocer la ausencia de investigaciones sistemáticas en el campo de la antropología

logía sobre las construcciones culturales respecto a realidades geográficas. Más aún, deplora el escaso interés mostrado por la disciplina en relación con el *sentido del lugar*, entendido de manera amplia como el conjunto de significaciones y preferencias con respecto a los lugares. Un aspecto importante es el reconocimiento de la profunda vinculación entre la experiencia del lugar y la experiencia reflexiva del sí mismo, ya que cierto tipo de inmersión en un lugar implica una vuelta al sí mismo y mueve a que la persona se mire en el pasado y en el presente, e imagine escenarios del futuro. En esta visión en donde el lugar y el paisaje son hechos sociales culturalmente elaborados, tiene un lugar importante el intercambio verbal, las conversaciones cotidianas.

Rodeados de lugares, y siempre en un lugar o en otro, hombres y mujeres hablan constantemente sobre ellos, y es a partir de escucharlos en tales intercambios y luego al tratar de analizar lo que han dicho que los extraños interesados pueden comenzar a apreciar de lo que realmente trata el paisaje que los rodea (Basso, 1996:56).

Prosigue un poco más adelante,

[...] de manera deliberada y de otras formas, las personas están continuamente presentándose entre sí imágenes culturalmente mediadas sobre en dónde y cómo viven o residen. De manera amplia o en lo pequeño, usualmente están ejecutando actos que reproducen o expresan su sentido del lugar —y también, inextricablemente, su propia comprensión de quiénes y qué son (Basso, 1996:57).

Así, en la perspectiva de Basso es imprescindible preguntarse por las maneras establecidas en que un lugar es recreado no sólo a través de prácticas culturales, sino también al alimentar las biografías de aquellos que están en su proximidad. El lugar pensado de esta manera se convierte en una presencia significativa en la vida de los integrantes de una comunidad. Para conocer los múltiples rostros de esta presencia es necesario desarrollar una "etnografía de las topo-

grafías vividas" cuyas tareas estén relacionadas con analizar actos de expresión que tengan por objeto el lugar (por qué y cómo se llevan a cabo, qué buscan conseguir) y develar su importancia al relacionarlo con ideas más amplias sobre el mundo y sus habitantes.

El caso que analiza Basso es el del paisaje oeste de los apaches, o más precisamente, el del uso del paisaje en la generación de marcas, no sólo territoriales, sino también simbólicas y narrativas, y cómo estas marcas conforman un aspecto indispensable en la cultura apache. Ciertos lugares que se identifican con nombres ampliamente descriptivos (*Camino que baja entre dos colinas*, *Montaña larga*, *Campo de moscas*, *Coyote orina en el agua*) convocan implícitamente historias que ocurren en ellos. Así, nombrar un lugar es hacer aparecer una historia que tiene un propósito ilustrativo en relación con un evento que esté ocurriendo en la comunidad en un momento dado. Estas historias contienen algún tipo de enseñanza o moraleja y son fuertemente apreciadas por los apaches de Cibecue, una comunidad de 11 mil habitantes en el estado de Arizona. El conocimiento de la topografía, la toponimia, las historias evocadas por los lugares y una capacidad para interpretar todo esto en función de un evento presente constituyen un marco denso que pone de relieve elementos importantes de la cultura apache.

Es aquí en donde emerge la reflexión sobre aquello que constituye el sentido del lugar. No es sólo un elemento, ni siquiera la suma de ellos; el sentido del lugar tiene que ver con la combinación particular de cualidades y formas de nombrarlas y evocarlas. En el caso del paisaje apache se combinan los prefijos espaciales, disquisiciones sobre la sabiduría, historias ejemplares en las que participan hombres y mujeres.

Experimentado de una manera vibrante o imaginado de manera vivida, el sentido del lugar se afirma en diferentes niveles de intensidad mental y emocional. Sea vivido en la memoria o experimentado en el mismo lugar, la fuerza de su impacto se mide en relación con la riqueza de sus contenidos, con el rango y diversidad de las asociaciones simbólicas que nadan dentro de su alcance y se mueven en su curso (Basso, 1996:85).

Lo interesante en la propuesta de Basso es pensar en el sentido del lugar a partir de referentes culturales. El lugar no sólo tiene una dimensión personal (del tipo de: lo que a mí me ha ocurrido en cierta localización), sino de mucho mayor alcance en la medida en que es un depósito de saberes a los que se acude cuando es necesario asentar un principio que guíe la acción o la evaluación de actos. Esto en cierta medida se podría ver como una manera de textualizar el paisaje, ya que al hacer referencia a un lugar implícitamente se evocan también las historias que en él han ocurrido.

EL LUGAR Y SUS TENSIONES

En una formulación muy conocida de Jordi Borja y Manuel Castells se sostiene que una de las manifestaciones espaciales de la globalización consiste en la aparición de una "[...] lógica espacial caracterizada por la dominación del espacio de los flujos, estructurado en circuitos electrónicos que ligan entre sí, globalmente, nodos estratégicos de producción y gestión [...]" (Borja y Castells, 1998). Ésta es la forma dominante en la actualidad y coexiste con

[...] el espacio de los lugares, como forma territorial de organización de la cotidianidad y la experiencia de la gran mayoría de los seres humanos. Pero mientras el espacio de los flujos está globalmente integrado, el espacio de los lugares está localmente fragmentado [...] (Borja y Castells, 1998:67).

En esta cita hay dos temas sobre los que volveremos en la siguiente sección: el de adscribir a la noción de lugar un tinte romántico e implícitamente señalar su desvanecimiento, y el de apuntar su dificultad para convertirse en una categoría espacial pertinente para analizar el mundo contemporáneo dada su intensa vulnerabilidad, considerando su fragmentación local.

En la medida en que el concepto de lugar hace referencia a dimensiones de la vida social altamente valoradas (permanencia, significado, orientación, arraigo), en esa misma medida se plantea que la

realidad a la que refiere se encuentra en riesgo. De modo tal que la modernidad y la globalización traen apareadas fuerzas que desestabilizan el orden convocado en la idea de lugar. Esto se revela de manera muy clara en los planteamientos de un autor significativo como lo es Relph (1976); véanse también Cresswell (2004) y Lindón (2006), sobre lugar y "deslugaridad".

El proyecto de Relph se configura en torno a una geografía que encuentre "las formas bajo las cuales los lugares se manifiestan en la experiencia cotidiana o bajo las cuales se toma conciencia del mundo de vida" (Lindón, 2006). Así, la idea de lugar está fuertemente vinculada a las maneras de estar y desplazarse en entornos sociales por parte de individuos particulares, lo cual la vuelve una categoría vinculada a experiencias concretas.

Una perspectiva fenomenológica fue necesaria para llevar a cabo este proyecto. El énfasis se puso en la subjetividad individual y social, en la esfera de los significados y su relación con las prácticas. Para precisar los atributos del lugar, se le compara en relación con el espacio

El espacio es amorfo e intangible y no es una entidad que pueda ser directamente descrita y analizada. Con todo, a pesar de la manera en que sintamos o expliquemos el espacio, siempre hay asociado un sentido o concepto de lugar. Parece en general que el espacio provee el contexto para los lugares pero deriva su significado de lugares particulares (Relph, 1976:8).

El acercamiento fenomenológico supone que el mundo es percibido a través de actos de conciencia en donde evidentemente se es consciente de algo, y ese algo es producto de la intencionalidad, desde una manera particular de relacionarse con el mundo. Sería entonces en la conciencia que se ocupa del mundo que emerge la idea de lugar como sustantiva en la medida en que se requiere de un soporte de la experiencia.

El significado básico de lugar, su esencia, no viene de la locación, ni de las funciones triviales que cumple el lugar, ni de la comunidad

que lo ocupa, ni de las experiencias superficiales o mundanas [...] la esencia del lugar subyace en la intencionalidad ampliamente inconsciente que define a los lugares como centros profundos de la experiencia humana (Relph, 1976:43).

En esta aproximación el lugar está fuertemente relacionado con el centramiento (*centeredness*) experimentado por los residentes o por aquellos que comparten su visión. Así, lo nodal es el sentido del lugar definido por quienes se encuentran en contacto con él, más que sus atributos físicos o estéticos.

Esta visión de Relph le asigna al lugar un carácter ontológico en el sentido de que éste es constitutivo de la existencia humana. Estar en un lugar significa acceder a una dimensión en cierta forma permitida sólo a los humanos. Al ser el lugar el centro de la elaboración de experiencias profundas y definitorias cabe preguntarse si las transformaciones contemporáneas en cuanto a la manera de relacionarse con el espacio no han cambiado el papel que juega éste en nuestra cultura. En particular se hace referencia al conocido diagnóstico que caracteriza a la sociedad moderna como veloz, fragmentada, superficial, homogénea, orientada hacia el consumo y lo desechable.

Este conjunto de procesos dan por resultado la erosión del lugar —continuando con Relph—, que puede caracterizarse como la dificultad de conectarse con el mundo a través de la experiencia del lugar. En este razonamiento toman importancia las dimensiones del afuera-adentro. La experiencia de estar dentro del lugar atañe a una imbricación profunda entre sujeto y lugar, mientras que el fuera se refiere no a la dimensión física sino a la existencial. La persona no es capaz ya de derivar algún tipo de vivencia significativa del lugar en estas condiciones y por tanto su relación con el mundo es débil. Para Relph un término que engloba todo esto es el de la "autenticidad". Una relación auténtica con el lugar remite a una comprensión de las posibilidades del lugar. Por el contrario, una ubicación no auténtica

[...] es esencialmente la ausencia de sentido del lugar, no remite a una conciencia de las significaciones profundas y simbólicas de los lugares y tampoco hay una apreciación de su identidad. Es simplemente una actitud que es socialmente conveniente y aceptable —un estereo-

tipo aceptado acríticamente, una moda intelectual que puede adoptarse sin una involucración real (Relph, 1976:82).

Con todo, para otros autores, tal vez más que hablar de inautenticidad se podría hablar de ambigüedad, dado el juicio de valor que implica el uso del primer término.

Así, una relación humana y profunda con el lugar se traduce en la autenticidad, y la deslugaridad, como una forma de relación superficial y banal, puede entenderse como inauténtica. Evidentemente, al exponer estos puntos emergen interrogantes sobre las condiciones sociales bajo las cuales se puede dar el apego cercano con el lugar (capacidad económica para contar con satisfactores, situación de género, movilidad geográfica, migración) y las fuerzas sociales que configuran a escala macro la relación con el territorio.¹ Antes de proponer esta discusión quisiera ampliar este punto ahora con el concepto de arraigo (*rootedness*) propuesto por Tuan (1977:183). Este concepto remite a un vínculo no reflexivo, inmediato, seguro y confortable de relación con el lugar. Este arraigo poseería una cualidad que es irrenunciable a la condición humana, lo cual lo emparenta con Relph, y le da un carácter psicológico particular. Se podría pensar que en cierto nivel es un concepto relacionado con el de seguridad ontológica elaborado por el psicoanalista Erik Erikson (1963) en el sentido de que establece una de las dimensiones básicas que posibilitan el desarrollo del ser humano. El arraigo *al* y *en el* lugar señala el elemento básico de que la persona siempre es una instancia concreta que requiere ocupar un espacio. De aquí evidentemente es posible una problematización de aquello a lo que remite el concepto al referirlo a aquellas situaciones que dificultan la permanencia y el arraigo: llámese desplazamiento, migración en cualquier escala, itinerancia, todo esto abre la pregunta de qué tipo de lugar se crea en estas condiciones.

A diferencia del concepto de arraigo, el de sentido del lugar apunta hacia un estado consciente de creación de significado al establecer

¹ De hecho, el mismo Relph (2000), al reexaminar su libro 25 años después de su primera edición encuentra que los cambios en la movilidad han transformado la experiencia del lugar de una manera que no podría preverse en el momento de escribirlo.

vínculos con el ambiente físico (Arefi, 1999). Carece, por tanto, de la fuerza de unión y de vinculación a la que remite la idea del arraigo y refiere más a una elaboración sucesiva a través del tiempo que a un estado que preexiste a la reflexión o capacidad de evocación. En este plano habría que pensar que la creación de un sentido del lugar es heterogénea y por tanto no es necesariamente unánime o compartida por todos. Se menciona esto ya que hablar, como se ha hecho, de un arraigo y una cualidad ontológica de la noción de lugar podría llevar a considerarlo como algo dado e inamovible. Es decir, se apuntalaría una noción conservadora del lugar al pensarlo como algo estable a toda prueba. Como veremos en el siguiente punto, la noción de lugar que se defina tiene implicaciones al ubicarlo en una arena social fuertemente marcada por intereses económicos y políticos. Puede pensarse incluso que la preeminencia contemporánea de la idea de lugar está justamente en relación con las "políticas del lugar".

Antes de reflexionar sobre las políticas del lugar valdría la pena hacer una recapitulación sobre las diferentes maneras de abordar el tema del lugar. Siguiendo a Cresswell (2004), es posible distinguir tres niveles de análisis: a) un nivel de corte descriptivo. El interés radica en ubicar las cualidades de un lugar, qué es lo que lo hace particular y distintivo. Se estudiará *el lugar*, más que *en el lugar*; b) una aproximación socioconstruccionista. El lugar particular aquí es relevante, pero en realidad se le analiza porque puede hacer visibles procesos sociales de más amplio alcance. Éste sería el caso de lugares analizados bajo una óptica de género, o étnica o de exclusión social. El lugar es entonces producido a partir de lógicas particulares que tienen que ser analizadas; c) una aproximación de corte fenomenológico. Su interés no estriba tanto en el análisis de un caso concreto, sino en aquello que revela de humano la presencia en el lugar. En esta vertiente no importan tanto "los lugares", sino "el lugar". Existen, claro está, traslapes e interrelaciones en estos niveles de análisis.

EL LUGAR Y EL ESPACIO GLOBALIZADO

El texto de Doreen Massey (1993), *A Global Sense of Place*, ha servido para fijar de manera muy clara muchas de las dimensiones relevan-

tes de la idea de lugar, sus fragilidades y sus implicaciones políticas. La pregunta de inicio que se hace la autora se refiere a cómo en medio de las vertiginosas transformaciones contemporáneas es posible tener un sentido de un lugar particular y, más aún, cómo se ha transformado la noción de lugar. La propuesta de Massey radica en pugnar por un sentido del lugar progresivo, abierto, que no esté enclaustrado en una dimensión esencialista de la identidad social e individual.

Para lograr esto habría que considerar, por un lado, la geometría del poder de la comprensión del espacio-tiempo. Esta amplia expresión se refiere a la manera en que bajo condiciones de alta movilidad espacial existen grupos que no la tienen, y no sólo eso, son grupos que se relacionan con aquellos que sí la tienen bajo condiciones de desigualdad y exclusión. Así, entre migrantes cuya movilidad física expresa relaciones desiguales entre regiones, y consumidores que reciben productos manufacturados lejos de ellos, se fijan puntos de salida o de llegada para la movilidad. En el análisis de la autora ocupa un lugar importante la reflexión sobre cómo transforma todo esto la manera en que se piensa la noción de lugar:

¿Cómo en un contexto de cambios sociales en relación con el espacio-tiempo pensamos sobre los lugares? En un tiempo, en el que se argumenta que las "comunidades localidades" parecen estar cada vez más desintegradas, cuando se puede ir al extranjero y encontrar las mismas tiendas o la misma música que en casa [...] —y cuando las personas tienen diferentes experiencias en relación con esto— cómo pensamos en torno a la localidad (Massey, 1993).

De acuerdo con la autora, se distingue una forma de pensamiento conservadora en torno al lugar cuando éste es visto como fuente de seguridad y pertenencia en un mundo cambiante. Así, mientras hay un afuera elaborado discursiva y mediáticamente como amenazante, existiría un refugio en el que se fundan identidades y certezas grupales. Esto implicaría que el lugar es algo que se debe defender y preservar, si todo lo demás cambia éste no puede transformarse y el sentido del lugar tiene que seguir alimentándose de un pasado inamovible. La postura de Massey es claramente la opuesta. Le interesa puntua-

lizar cómo se puede desarrollar un concepto progresista del lugar. Sus componentes serían los siguientes (Massey, 1993:65-69):

- Se trata de un concepto no estático, sino procesual. Las interacciones sociales que se dan en los lugares son justamente esto, un *fluir* cambiante.
- Los lugares no tienen límites (*boundaries*) en el sentido de divisiones que encapsulen. La consideración de los límites puede ser importante, pero no es crucial para la definición del lugar ya que no se trata de hacer una contraposición con un afuera, es más bien su relación con él lo que constituye el lugar (mantener un énfasis desmedido en el asunto de los límites es lo que hace amenazantes las referencias a la invasión de los recién llegados).
- Los lugares no poseen identidades únicas, unitarias. Se encuentran llenos de conflictos internos.
- Por último, nada de lo anterior niega la importancia del lugar. Su especificidad se encuentra en continua reproducción, y no es una especificidad que resulte de la internalización de una larga historia.

En esta presentación de los tópicos planteados por Massey pueden reconocerse puntos de vista divergentes de los planteados por Tuan y por Relph. Mientras que para estos dos últimos autores el lugar se caracteriza por su estabilidad, en la medida en que es una experiencia que proporciona un punto de referencia vital para las personas, en la aproximación de Massey se enfatiza su carácter abierto y en continua elaboración. Se desprende de esto, al menos, que no existe una visión única y acabada sobre el lugar, y que es un concepto relevante para entender transformaciones contemporáneas que no atañen solamente a transformaciones en la dimensión física o material de lo social, sino también, y de manera muy clara, involucra la dimensión simbólica.

El punto de partida en el texto de Massey es buscar la manera en que la aproximación al tema de la globalización a través del concepto de comprensión espacio-temporal no redunde en visiones conser-

vadoras sobre el lugar. En el punto de vista de otros autores (véase Escobar, 2001) existe un amplio potencial de acción social a partir de la apropiación del concepto de lugar. Se trata en principio de reconocer la importancia del lugar para la conformación de identidades sociales, importa también reconocer que a partir de la pertenencia a una localidad se forman redes que no sólo articulan personas, entrelazan igualmente los lugares en que estas personas se desarrollan y evocan a través de su memoria.

[Con todo], la localidad y la comunidad dejan de ser obvias, y ciertamente no se encuentran habitadas por identidades naturales o arraigadas, sino en gran medida producidas por complejas relaciones de cultura y poder que van más allá de los límites locales. De manera clara en el caso de refugiados y pueblos en diáspora, esta condición afecta a todas las comunidades a escala mundial en mayor o menor grado. Nuevas metáforas de la movilidad (diáspora, desplazamiento, viaje, desterritorialización, cruces fronterizos, hibridez, nomadología) son privilegiadas en las explicaciones sobre cultura e identidad (Escobar, 2001:146).

Habría que pensar que este énfasis en atrapar el movimiento ha redundado en prestar poca atención conceptual al lugar como asiento de prácticas culturales. Tal como lo señala Escobar, la tarea es ahora atrapar la especificidad del lugar y relacionarla con los flujos culturales de corte transnacional.

EL LUGAR Y LA ANTROPOLOGÍA

Se puede afirmar que las fronteras disciplinares en las ciencias sociales son cada vez más permeables, y que sus agendas y tradiciones de investigación orientan de manera más clara sus acercamientos temáticos. No obstante, aunque el concepto de lugar se ha vuelto central en la geografía humana y cultural, aún se encuentra en proceso de análisis y recuperación por parte de la antropología. En particular la antropología urbana se ha desarrollado sobre conceptos como los

de ciudad, prácticas urbanas, redes y sujetos socialmente situados, aunque no necesariamente se ha desarrollado de manera sistemática la idea de lugar o espacio.

Los trabajos que pueden encontrarse sobre la noción de lugar intentan entender la manera en que la cultura y las culturas se encuentran espacializadas. El punto de partida, como ya se ha apuntado, es reconocer que las culturas no se hallan establecidas en un solo lugar y que los vínculos entre personas, lugares y cultura no deben tomarse como naturales o autoproducidos. Justamente es esto lo que debe ser indagado, particularmente atender a la interrogante sobre la manera en que se configuran estos vínculos. Al tomar esta reflexión como programa de trabajo es que se plantea de manera clara el tema del "hacer lugar" (*place making*) como relevante.² Este es el caso de los trabajos contenidos en el libro coordinado por Gupta y Ferguson (1997) intitulado *Culture, Power and Place. Explorations in Critical Anthropology*.

En un ensayo inicial del libro, estos autores reconocen que la antropología ha planteado de inicio un isomorfismo entre espacio, lugar y cultura. Se refieren a la imbricación entre estos conceptos originada en las prácticas de "mapear culturas", en donde se inscriben en una malla neutra la diferencia cultural, la memoria histórica y la organización social. El espacio se vuelve una suerte de concepto organizador, y al mismo tiempo desaparece del entorno analítico, ya que al ubicar dispositivos culturales no requiere ser analizado. Esta manera de ubicar las relaciones entre estos conceptos (espacio, lugar, poder) da origen a múltiples problemas; uno de ellos tiene que ver con las fronteras nacionales y la migración. Si la cultura pertenece a un lugar, al desplazarse de éste ¿qué ocurre con la cultura?, ¿se deja atrás y se adquiere la nueva? De manera evidente, pensar la cultura como discreta y contenida en los límites de un lugar es insuficiente para entender fenómenos contemporáneos.

² Cabe hacer notar que en el ámbito de la sociología el tema de *place making* también es relevante. Gieryn (2000) distingue en este proceso los factores vinculados con el poder político y económico; la actividad de los profesionales del lugar, como los arquitectos, planificadores regionales y urbanos; el sentido del lugar es también importante en cuanto al significado con el cual éste es investido.

Otro conjunto de problemas emerge al considerar la heterogeneidad cultural. Compartir un mismo territorio no significa necesariamente adscribirse a los mismos patrones y valores culturales dominantes, ya que éstos no son únicos. Así queda el tema de cómo pensar la diferencia cultural en relación con una cultura localizada. Aquí el énfasis estará dado en pensar la diferencia en relación con el conflicto, la negociación, la subordinación y la hibridación, y no sólo en términos de poder sino también en cómo se espacializan estas relaciones y qué surge como elemento novedoso al integrarse a una arena de disputa social.

Un último problema, siguiendo a Gupta y Ferguson, es el de comprender el cambio social y las transformaciones culturales situadas en espacios interconectados. Una vez más, si las culturas no pueden pensarse ya como contenidas en un territorio discreto, el asunto por resolver es cómo se articula una relación cultural y, más aún, una relación cultural en donde el espacio es soporte y argumento. Una expresión de lo anterior se puede encontrar en la conformación de una esfera pública transnacional, o bien en el surgimiento de imaginarios nacionales o comunitarios que son transmitidos o reproducidos a partir de los medios de comunicación, lo que incluye en toda su heterogeneidad desde la televisión hasta internet. Queda, de manera muy clara, en la perspectiva que se presenta aquí, el esfuerzo por pensar el espacio y el lugar como categorías que no son "dadas", sino construidas a partir de procesos sociopolíticos.

Una antropología cuyos objetos no son ya concebidos como anclados natural y automáticamente en el espacio necesitará prestar particular atención a la manera en que se configuran lugares y espacios, sean éstos imaginados, disputados y sujetos a luchas de poder. En este sentido, no es paradójico decir que los temas de espacio y lugar son, en esta era desterritorializada, más centrales que nunca en la representación antropológica (Gupta y Ferguson, 1997:47).

Así, la idea es dejar de pensar el espacio y el lugar como soportes y organizadores "naturales" de la actividad humana y proponerse ahora su problematización en términos de las condiciones de su producción.

El lugar, visto desde la antropología, también conlleva el planteamiento de un tema que es inherente a la práctica antropológica: el de la etnografía. En este caso en particular las cuestiones que surgen atañen a la representación del lugar por parte del etnógrafo. Rodman (2003) plantea que es necesario devolver el control del significado del lugar a sus productores locales, para lo cual hay que reconsiderar temas de poder y agencia que implican tanto al antropólogo como a las personas a las que y con las que se estudia. Así, más que los lugares se vuelvan ejemplos de nuestros conceptos, deberían ser vistos como productos socialmente construidos, en múltiples niveles, de los intereses de *otros* y como puntos relacionados con las experiencias de *otros*. El lugar, así, también debería ser susceptible de traducción cultural, no pensarlo como algo evidente para residentes y extraños por igual, sino como algo que no puede ser cabalmente entendido sin la significación cultural que le es inherente.

En el mismo sentido, Nates (2011) propone ampliar la comprensión del lugar al considerar no sólo los discursos dominantes sobre éste:

La práctica del lugar no puede ceñirse a las prácticas discursivas de los sectores dominantes que imponen los términos bajo los cuales se enuncia sino que, además, debe contemplar las prácticas espaciales de aquellos que lo habitan o de aquellos que socializan en él (Nates, 2011:223).

De esta forma, la posibilidad de tomar al lugar como objeto de etnografía hace resaltar su carácter heterogéneo y revela las múltiples articulaciones de sentido que lo constituyen.

Un elemento relevante que es puntualizado por autores desde múltiples disciplinas, y también es retomado desde la antropología, es el esfuerzo por situar la idea de lugar no sólo en términos abstractos, sean filosóficos o humanistas, sino a partir de luchas de poder, experiencias de desplazamiento y resistencia. En diferentes perspectivas (véase Feld y Basso, 1996), los recuentos etnográficos sobre lugares toman ya la forma de historias sobre resistencia cultural, en donde

los sujetos no son ya unos "otros" dibujados de manera débil y abstracta, sino sujetos con rasgos y presencias concretas.

En otro recorrido sobre cómo puede la antropología acercarse a estos temas, Arturo Escobar (2001) reconoce varias tendencias en la investigación actual. Por un lado, la inclinación a no sólo pensar la globalización como redes y flujos, sino también dar cuenta de procesos de elaboración de lo local, apego, identidad, permanencia. Esto con la idea de que no todo es desplazamiento, también es necesario considerar de manera crítica procesos de estar y residir. Esto se muestra en procesos de defensa del territorio con argumentos de corte ecológico.

Igualmente, hay un conjunto de aproximaciones de investigación en donde sin dejar de pensar en el tema de lo global éste es articulado con lo local. Sería el caso de investigaciones que inquietan sobre cómo se construyen narrativas y prácticas sobre el hogar en contextos de alta movilidad, sobre cómo se elabora conscientemente un lugar a través del trabajo, narrativas y movimiento.

En un recuento propositivo, elaborado desde otras tradiciones de investigación en la antropología, Abilio Vergara (2001) reconoce un conjunto de cualidades que pueden ser constitutivas del lugar antropológico. Se trataría de un lenguaje particular (incluye las formas de nominación que son propias del lugar, lo mismo que el lenguaje practicado por los lugareños); una ritualización específica, "la significación del lugar está definida en las marcas del comportamiento que la comunidad le reconoce como característica y que sus integrantes utilizan de manera estratégica" (Vergara, 2001:11); un sistema conceptual en el que se inserta para tener sentido. Los lugares no son discretos, pertenecen a una red de la cual derivan sentido y principios de interpretación; una jerarquización interna, el lugar, independientemente de su escala, puede poseer centros y periferias; una demarcación, marcas que señalan el tránsito de un área a otra en el lugar; condensa biografía e historia, el lugar requiere acumular experiencia y memoria de aquellos que pueden reconocer algo de sí en una locación de este tipo. Por último, una frase podría sintetizar lo ya planteado:

En la constitución del lugar intervienen, entonces, los actores y sus interpretaciones, el tiempo, los usos del espacio, sus narrativas y una terminología particular que los nomina, cuyo valor precisamente recae en que le asignan ese carácter diferencial (Vergara, 2001:14).

Evidentemente, no tendría sentido finalizar esta sección propugnando por una definición o acercamiento único desde la antropología al concepto de lugar. Más bien, lo que priva son un conjunto de preguntas orientadas por los grandes temas del significado, el contacto intercultural, el desplazamiento y la movilidad como factores que están transformando intensamente la experiencia contemporánea frente al espacio y el lugar.

PARA FINALIZAR

El abanico de indagaciones conceptuales y empíricas que es posible emprender con el concepto de lugar parece dar cabida a un conjunto amplio de preocupaciones antropológicas. En la medida en que el lugar no se cierra en sus límites físicos, sino que se abre a la dimensión de la significación y la experiencia, resulta una categoría relevante para la comprensión de procesos en donde la diferencia, el conflicto y la negociación son importantes. Trabajar con la noción de lugar lleva implícito asumir la importancia de un punto de vista relacional y contextual (véase Lacarrieu, 2007) en la medida en que éstos derivan su significado personal y social a partir del contraste y de su ubicación frente a otros ámbitos sociales significativos. Entender el papel que juegan ciertos lugares en la vida urbana no puede abordarse a partir de procesos homogéneos aplicables en cualquier circunstancia, es el interjuego entre procesos locales, con su carga histórica, tendencias supralocales, relaciones materiales y simbólicas mediadas por diferentes accesos a recursos lo que dibujaría en cada caso la especificidad del lugar. Todo esto hace al concepto de lugar digno de ser integrado plenamente al vocabulario antropológico.

BIBLIOGRAFÍA

- APPADURAI, Arjun
1997 *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*, Mineápolis, University of Minnesota Press.
- AREFI, Mallar
1999 "Non-Place and Placelessness as Narrative of Loss: Rethinking the Notion of Place", en *Journal of Urban Design*, vol. 4, núm. 2.
- BASSO, Keith H.
1988 "'Speaking With Names': Language and Landscape Among the Western Apache", en *Cultural Anthropology*, vol. 3, núm. 2, pp. 99-130.
1996 "Wisdom Sits in Places. Notes on a Western Apache Landscape", en Steven Feld y Keith Basso (eds.), *Senses of Place*, Santa Fe, Nuevo Mexico, School of American Research Press.
- BORJA, J. y M. CASTELLS
1998 *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, Taurus.
- CLAVAL, P.
1995 *La géographie culturelle*, Paris, Nathan.
- CRESSWELL, Tim
2004 *Place: A Short Introduction*, Massachussets, Blackwell.
- CUCÓ GINER, Josepa
2004 *Antropología urbana*, Barcelona, Ariel.
- DELGADO, Manuel
1999 *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*, Barcelona, Anagrama.
- ERIKSON, ERIK
1963 *Childhood and Society*, Nueva York, Norton.
- ESCOBAR, ARTURO
2001 "Culture Sits in Places: Reflections on Globalism and Subaltern Strategies of Localization", en *Political Geography*, núm. 20, pp. 139-174.

- FEIXA, Carles
1993 *La ciudad en la antropología mexicana*, Lleida, Universitat de Lleida.
- FELD, Steven y Keith BASSO (eds.)
1996 *Senses of Place*, Santa Fe, Nuevo México, School of American Research Press.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor
1997 "Culturas urbanas de fin de siglo: la mirada antropológica", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, UNESCO, núm. 153.
- GEERTZ, Clifford
1992 "Géneros confusos. La refiguración del pensamiento social", en Carlos Reynoso (comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Barcelona, Gedisa.
- GIERYN, Thomas F.
2000 "A Space for Place in Sociology", en *Annual Review of Sociology*, núm. 26, pp. 463-496.
- GOFFMAN, Erving
1966 *Behavior in Public Places. Notes on the Social Organization of Gatherings*, Nueva York, The Free Press.
- GUPTA, Akhil y James FERGUSON
1997 "Culture, Power and Place: Ethnography at the End of an Era", en A. Gupta y J. Ferguson (eds.), *Culture, Power and Place. Explorations in Critical Anthropology*, Durham, Duke University Press.
- HANNERZ, Ulf
1986 *Exploración de la ciudad*, México, Fondo de Cultura Económica.
1998 *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*, Valencia, Cátedra.
2010 "Diversity is Our Business", en Ulf Hannerz, *Anthropology's World. Life in a Twenty-First-Century Discipline*, Londres/ Nueva York, Pluto Press.
- HERZFELD, Michael
1997 "Anthropology: A Practice of a Theory", en *International Social Science Journal*, vol. 49, núm. 153, UNESCO, pp. 301-318.
- JOSEPH, Isaac
1999 *Erving Goffman y la microsociología*, Barcelona, Gedisa.
- LACARRIEU, Mónica
2007 "Una antropología de las ciudades y la ciudad de los antropólogos", en *Nueva Antropología*, año/vol. XX, núm. 67, México, UNAM, pp. 13-39.
- LINDÓN, Alicia
2006 "Geografías de la vida cotidiana", en Daniel Hiernaux y Alicia Lindón (dirs.), *Tratado de geografía humana*, Barcelona/México, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- LOW, Setha M.
1996 "The Anthropology of Cities: Imagining and Theorizing the City", en *Annual Review of Anthropology*, vol. 25, pp. 383-409.
- MASSEY, Doreen
1993 "Power Geometry and a Progressive Sense of Place", en J. Bird et al. (eds.), *Mapping the Futures. Local Cultures, Global Change*, Londres, Routledge.
- NATES CRUZ, Beatriz
2001 "Soportes teóricos y etnográficos sobre conceptos de territorio", en *Co-herencia*, vol. 8, núm. 14, enero-junio, Medellín, Colombia.
- RELPH, Edward
1976 *Place and Placelessness*, Londres, Pion.
- RODMAN, Margaret C.
2003 "Empowering Place: Multilocality and Multivocality", en Setha Low y Denise Lawrence-Zúñiga, *The Anthropology of Place and Space. Locating Culture*, Massachusetts, Blackwell.
- SAHLINS, M.
1976 *Culture and Practical Reason*, Chicago, The University of Chicago Press.
- SIMMEL, GREG
[1903] "Les grandes villes et la vie de l'esprit", en Françoise Choay, 1979 *L'urbanisme, utopies et réalités. Une Abthologie*, París, Seuil.

TUAN, Yi-Fu

1977 *Space and Place: The Perspective of Experience*, Minneapolis, University of Minnesota.

TYRRELL, Martina

2006 "From Placelessness to Place: An Ethnographer's Experience of Growing to Know Places at Sea", *Worldviews*, vol. 10, núm. 2, pp. 220-238.

VERGARA, Abilio

2001 "Introducción. El lugar antropológico", en Miguel Ángel Aguilar, Amparo Sevilla y Abilio Vergara (coords.), *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una metrópoli*, México, Porrúa/UAM-I.

WILDNER, Kathrin

2005 *La plaza mayor, ¿centro de la metrópoli?*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.

WIRTH, LOUIS

[1938] "Urbanism as a Way of Life", en *On Cities and Social Life*, 1977 Chicago, The University of Chicago Press.

Sentido de pertenencia y cultura local en la metrópoli global

Angela Giglia

UNA NUEVA VISIÓN DE LO LOCAL EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

¿Existe hoy en día algo que pueda definirse como "cultura local"? ¿Es posible hablar de visiones del mundo y de prácticas sociales ancladas en contextos delimitados, como un barrio o un vecindario? ¿Existen aún procesos culturales específicamente asociados a ciertos espacios locales? Propongo reflexionar sobre estas preguntas como una manera de contribuir a repensar —y replantear— los estudios sobre culturas locales en la metrópoli, partiendo de diversas experiencias recientes de investigación en la ciudad de México (Giglia, 2010; Duhau y Giglia, 2008). La pregunta de García Canclini sobre la ciudad de México de hace más de una década es todavía vigente.

¿En qué medida pueden subsistir las culturas urbanas definidas por tradiciones locales, en una época en la que la cultura se desterritorializa y las ciudades se reordenan para formar sistemas transnacionales de información, comunicación, comercio y turismo? (García Canclini, 1994:15).

Desde sus orígenes como concepto clave de la antropología, la cultura ha sido pensada en relación con ciertos espacios locales. En el marco del positivismo del siglo XX, las culturas fueron concebidas como entidades discretas y discontinuas, que cambian en relación

* Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.